

***Myrtia*, n° 24, 2009**

La transmisión de la ciencia desde la Antigüedad al Renacimiento, M^a.T. Santamaría Hernández, ed., Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2008, 233 pp.

Se editan en el presente volumen seis trabajos que en noviembre de 2006 se expusieron en una reunión científica, de idéntico nombre al del título, organizada en Albacete por M^a Teresa Santamaría. De sobra es conocida ya, desde sus primeros trabajos orientados y dirigidos por Enrique Montero, su dedicación entusiasta al mundo de la medicina y la ciencia latinas desde la Antigüedad al Renacimiento, así como su tesón y capacidad para organizar cursos y conferencias sobre el asunto. El que nos ocupa es un buen ejemplo de ello: consigue juntar, además de ella misma, a cinco latinistas de sumo prestigio que ofrecen unos textos muy provechosos sobre diferentes aspectos de la literatura científica.

Ya lo dice la editora en la breve presentación del libro: la filología latina tiene mucho que aportar al estudio y conocimiento cabal de la historia de la ciencia, en especial con la elaboración de ediciones fiables, pero también con estudios léxicos, lingüísticos o literarios. Sin ello no hay historia que valga o, si la hay, será siempre deficiente. Durante mucho tiempo, y salvo honrosas excepciones, los historiadores de la ciencia y la medicina han investigado de espaldas a la filología y sus trabajos, en cuanto se han leído los textos con rigor, han mostrado a veces numerosas carencias y errores. Por ello, en definitiva, no cabe sino repetir lo que tan a menudo se dice (aunque sea también a humo de pajas): se precisa una colaboración estrecha y vigilante entre filólogos e historiadores. Este libro, de hecho, si hubiese incorporado algunas aportaciones de tales historiadores de la ciencia, habría quedado posiblemente más completo. Por desgracia, seguimos de espaldas unos con otros.

En todo caso, alegrémonos de lo que se ofrece, que no es poco: seis magníficos ensayos que tocan muy variadas parcelas científicas en un amplio espectro temporal: botánica medicinal (Antigüedad clásica y tardía y Renacimiento), medicina (Edad Media y Renacimiento), zoología (Antigüedad) y astronomía (Renacimiento). Los trabajos aparecen expuestos según el orden alfabético de los apellidos de los autores, lo que en este caso puede perjudicar la posible unidad de la obra, pues que habría sido sin duda más instructivo agruparlos por temas y, dentro de ellos, por cronología. Es así como, con mero afán descriptivo, los pasaremos aquí revista a continuación.

BOTÁNICA MEDICINAL

Es éste el tema más nutrido de los cuatro que se tocan en la obra, pues que a él pertenecen, con sus particularidades, tres de los ensayos aquí recogidos, entre los cuales se abarca además desde la Antigüedad al Renacimiento. La botánica es una parcela científica de sumo interés para los latinistas, y a ella se viene dedicando en los últimos decenios una ingente cantidad bibliográfica. Los especialistas se extienden por todo el mundo, y en España no faltan latinistas que centran sus trabajos sobre tales estudios, de gran y variada complicación: fitónimos, identificación de plantas, problemas textuales, fuentes, recepción, ediciones, traducciones, etc.

1. Tal es el caso, en primer lugar, del ensayo que ofrece Matilde Conde, titulado “Recepción y uso del latín en algunas plantas medicinales. El género *Thymus*” (pp. 35-69). El objetivo primordial es observar, para el caso concreto de los tomillos, las características, propiedades y usos que se les daban en la Antigüedad grecolatina y compararlas con las que hoy día se les reconocen. Hasta llegar a ello, no obstante, la autora pasa por tres fases previas: una breve síntesis de la botánica medicinal desde la Prehistoria al mundo romano; una descripción de algunas especies actuales de *Thymus*; un detenido análisis de las variedades de *Thymus* citadas por los antiguos y, a través de sus descripciones, su posible identificación. La conclusión a que llega es tajante: “prácticamente todos los rasgos peculiares que se les atribuyen habían sido ya descubiertos y aprovechados por los clásicos”. Pero se vuelve más escéptica en la distinción de las especies citadas: su identificación es de gran dificultad, pues “los latinos fueron poco rigurosos en cuanto a la nomenclatura”. El análisis de los textos –continúa– aclara algunas dudas y “hace posible una identificación bastante aproximada de diferentes especies de *Thymus*”. Pero el problema persiste y, mientras los textos no puedan cotejarse con otras pruebas (piénsese, para cuanto se pueda, en la *arqueobotánica*), se mantendrá sin solución definitiva.

2. Más filológico, y menos botánico, es el trabajo que Arsenio Ferraces presenta bajo el genérico “Oribasiana” (pp. 71-95), en que se pretende arrojar alguna nueva luz a los problemas filológicos ya tradicionales de la obra. El principal ataño al estado del texto, pues existen dos recensiones distintas: *Aa*, datada en el siglo VI, y *La*, que suele situarse en la segunda mitad del X. La opinión más común es que ambos estados de texto respondían a dos traducciones diferentes. Fue Vázquez Buján quien hace ya algunos años planteó una nueva hipótesis: no habría dos recensiones, sino dos versiones modificadas de un estado de texto anterior (*Aa₁*). Ferraces acepta la teoría y, en cierto sentido, su ensayo propone algunos puntos de confirmación.

El trabajo, en cualquier caso, se divide en tres grandes apartados. El primero ataño a la planta *Cynosbato*s, presente en la versión latina de los

Euporista, pero ausente del original griego, por lo que vendría a ser un capítulo interpolado.

El segundo asunto atañe a un testimonio indirecto: la *Diaeta Theodori*, opúsculo dietético tardoantiguo, transmitido también en dos versiones distintas: una original y otra expandida. Esta última se aumenta sobre todo con el *Dioscorides Longobardus* y la versión *La* del Oribasio latino. En tal sentido, el texto de *La* que transmite la *Diaeta* da noticias más completas que *La*, lo que lleva al autor a establecer una serie de hipótesis que apoyarían la teoría de Vázquez Buján: la *Diaeta* presentaría, “con toda probabilidad”, una “lectura originaria de la traducción latina de Oribasio”, lo que se confirmaría con algunos fragmentos que “parecen situarse a medio camino entre *Aa* y *La*”. La conclusión es rotunda: “estamos ante un indicio, de momento aislado, pero importante, de que la hipótesis emitida por Vázquez Buján es correcta”. Quede ya para los especialistas la valoración de dichas aportaciones y la aceptación o no de tales hipótesis.

La tercera cuestión abordada estudia un capítulo sobre las aguas que trae la versión corta de la *Diaeta* y cuya *versio aucta* enriquece con el *Dioscórides Longobardus*, otra fuente no identificada y otra citada expresamente y que remite a Oribasio, esta vez a las *Collectiones medicae*. La cita presenta extractos de una traducción de dicha obra, hasta ahora desconocida en latín. La teoría del autor es la siguiente: no se sabe si hubo o no una traducción íntegra de las *Collectiones*, pero en este caso el autor de la *Diaeta* habría tomado el fragmento de una posible “colección de extractos” que a su vez lo habría incluido con atribución directa a Oribasio. Se cierra el trabajo con un asunto, si se quiere, más tangencial: al final del *Dioscórides alfabético* editado en Lión en 1512 hay un texto apócrifo titulado *De virtutibus aquarum Dyoscorides*, cuya fuente más importante es la *Diaeta* que, a su vez, incluía la cita de las *Collectiones* oribasianas. Para una comprobación detallada, el autor incluye el texto completo en un segundo apéndice (el primero reproduce los capítulos de la *Diaeta* corta, según el manuscrito más importante de la misma: Vendôme 175), en donde marca los pasajes deudores de la *Diaeta*.

3. El tercer trabajo de este apartado se debe a la propia editora del libro, que titula “La recepción del *Herbario* de Ps. Apuleyo en el Renacimiento” (pp. 203-222). Teresa Santamaría empieza por ubicar al lector: se explica la naturaleza de este conocido herbario, datado en el siglo IV, y se señalan sus principales problemas filológicos. Expone luego la recepción editorial del texto: una edición *princeps* en 1481, dos ediciones en 1528 y la más completa de 1537, con comentarios de Gabriel Hummelberg. Tales son, en definitiva, las fuentes en que se basa para su estudio posterior: observar y valorar cómo los editores renacentistas respondieron a una serie de problemas filológicos que aún hoy

persisten a propósito de la obra en cuestión (la tradición manuscrita, la autoría, la estructura del texto, la lengua y las fuentes).

Respecto a la tradición manuscrita, la autora se fija sobre todo en las referencias a códices manejados y lecturas propuestas por los editores. La filología humanística se expone aquí con claridad y, en tal sentido, hay coincidencia en todos ellos: el estado del texto que transmiten los códices es deplorable, de ahí que hayan de intervenir a menudo con algunas enmiendas *ope codicum*, pero sobre todo con conjeturas. Aunque quizá quedase excesivo, habría sido muy interesante efectuar un tratamiento más sistemático de dicha labor filológica y, en ciertos casos, establecer una comprobación sobre el grado de aciertos de las conjeturas propuestas. Y, ya puestos, cabría una pregunta: ¿sólo fueron estos editores quienes valoraron críticamente el *Herbarius*, o hubo algún otro médico o filólogo renacentista que lo abordó también de alguna manera?

Los editores, asimismo, coinciden plenamente en atribuir la obra a Apuleyo de Madaura y en no tomar mucha consideración de los problemas estructurales que plantea. Tan sólo Hummelberg parece vislumbrar la existencia de interpolaciones, aunque ello no le hizo plantearse el problema en su estado real: el *Herbarius* es un texto práctico y *vivo*, que se acrecienta con el tiempo sobre una base original más breve.

Como la obra presenta numerosos términos (sobre todo fitónimos) en lenguas distintas del griego y el latín, el asunto interesó vivamente a los editores del XVI. Se ocuparon, sobre todo, de explicar el significado y origen de los nombres, como fue el caso de Hummelberg, cuyos comentarios considera él mismo *enarrationes* léxicas. Aun así, la obra les interesaba sobre todo por ser un testimonio nuevo del mundo antiguo, a cuya labor de restitución estaban así contribuyendo.

Por último, las fuentes propias del herbario apenas inquietaron a los editores, que a su vez recurrieron a otros autores y obras antiguos con dos finalidades: referencias indirectas para soluciones filológicas y fuentes de autoridad, tanto científicas como literarias, para explicaciones doctrinales.

MEDICINA

En “El mito de Tiresias: medicina, erotismo y literatura” (pp. 97-116), Enrique Montero Cartelle parte de un texto de Ovidio (*met.* 3,315-338), que a su vez procedería de Hesiodo, en que se relata la causa de la ceguera del adivino Tiresias: Júpiter y Juno estaban discutiendo sobre quién gozaba más en el sexo, si el hombre o la mujer; consultan a Tiresias, célebre por haber tenidos ambas naturalezas en distintos periodos de su vida, quien da la razón a Juno; Júpiter, ofendido, lo deja ciego, aunque le concede el don de la adivinación. El cuento le

sirve a Enrique Montero para efectuar un estudio médico y biológico sobre el placer sexual, que arranca de la Antigüedad y llega al Renacimiento.

Se establece primero un recorrido por la medicina antigua a propósito de la controvertida cuestión del semen femenino. A continuación, tras estudiar en las fuentes médicas algunos tópicos o corolarios adyacentes (diferencia anatómica entre hombre y mujer; relación entre medicina y erotismo; práctica sexual como remedio terapéutico o, más bien, prevención salutífera), acomete con mayor detalle la cuestión del placer de la mujer en el coito.

Según todos los autores, la perpetuidad de la especie se debe al placer sexual, que anima a los humanos a tener relaciones íntimas. Y como la generación se produce por conjunción simultánea de ambos espermias, la mujer ha de tener también su gozo y, por tanto, su orgasmo. Respecto a su cualidad, ya el *Corpus Hippocraticum* indica dos aspectos que prevalecerán después en la tradición médica: la mujer tiene placer durante todo el tiempo que la posee el varón (lo que será origen del tópico de la *mujer insaciable*); la mujer goza menos que el varón, pero su placer es más duradero. Enrique Montero analiza ambas cuestiones en las fuentes antiguas (Aristóteles, como después Galeno, reconoce el placer femenino, pero no le da demasiado interés ni influencia en la generación), árabes (que siguen la tradición hipocrática) y medievales (continúan la tradición árabe, pero es constante su esfuerzo por conciliar todas las posturas).

El ensayo termina de forma cíclica: al llegar el Renacimiento, hay autores que vuelven a tratar del mismo asunto, pero ilustran sus asertos científicos con fuentes poéticas, entre las que ocupa un lugar relevante el mito de Tiresias narrado por Ovidio. Tal ocurre en Fernel o en los textos castellanos de Núñez de Coria o Álvarez de Miraval, con quienes el autor cierra tan interesante artículo.

ZOOLOGÍA

Para este ámbito reserva Joaquín Pascual Barea el texto más largo, con mucho, de la obra, que titula “Razas y empleo de los caballos de Hispania según los textos griegos y latinos de la Antigüedad” (pp. 117-202). El trabajo, desde luego, constituye un gran despliegue de erudición textual, cuyo método en cualquier caso se asemeja al habitual de la botánica: identificar en las fuentes las distintas razas de caballos reconocidas en la Antigüedad, comentar sus características y destacar sus usos. Tras un análisis exhaustivo de autores y obras grecolatinas, cuyos textos se reproducen con ajustada traducción castellana, el autor llega a la conclusión de que en Hispania había tres razas principales de caballos: los cebros o caballos salvajes (*equiferi*); las jacas o ambladores (*tieldones*), con la versión pequeña de los *asturcones* (ponis); y los corceles o caballos (*equi*), ligeros, veloces y corredores. De los tres tipos el autor ofrece su localización geográfica y sus rasgos y empleos más característicos: los cebros se

cazaban como venado para alimento y medicina; las jacas se usaban para transporte o como animales de tiro; los caballos, con múltiples variedades, se emplearon sobre todo para la guerra y la caza.

El autor documenta cada una de sus afirmaciones con numerosas citas y trata de ser siempre lo más completo posible. Incluso verifica las fuentes, en la medida de lo posible, con la realidad equina actual o las contrasta con textos medievales, renacentistas y aun posteriores. En el transcurso del trabajo, además, efectúa una lectura crítica de los textos aportados, que interpreta con gran calado filológico (así las citas de Silio Itálico a propósito de los asturcones o la desestimación de las dos razas de caballos hispanos supuestas de acuerdo al *Corpus Hippiatricorum Graecorum*), o se permite incluso la propuesta de conjeturas textuales al hilo de la exposición (Varrón, Plinio, Gracio).

El autor, en su exhaustividad, se detiene en temas, por así decir, contextuales: al tratar de los caballos de los lusitanos, por ejemplo, se extiende en un minucioso rastreo y explicación, que va de Homero a Rodrigo Caro, de la leyenda de las yeguas lusitanas fecundadas por el viento. Sea como fuere, Joaquín Pascual logra presentar aquí, con seguridad, el trabajo filológico más completo hasta la fecha sobre los caballos hispanos en las fuentes antiguas.

ASTRONOMÍA

La hilazón de los temas nos ha dejado para el final el ensayo que abre la obra: “La enseñanza de la astronomía en el Renacimiento: el testimonio de Francisco Sánchez de las Brozas” (pp. 11-33), cuyo autor es César Chaparro Gómez, consumado *brocensista*. La astronomía renacentista es un tema que acarrea también abundante bibliografía, y de ella se ocupan con indudable mérito tanto filólogos como, sobre todo, historiadores de la ciencia. De algunos de ellos, españoles en este caso, se sirve el autor para exponer, como preliminar, una síntesis de la ciencia en el Renacimiento y, ya más concretamente, de la enseñanza universitaria de la cosmografía y la astronomía (hermana y aun idéntica, en ocasiones, a la astrología), que se termina circunscribiendo en especial en la Universidad de Salamanca.

En tal contexto debe situarse al Brocense y su labor astronómica, sin duda mucho menor que su trabajo filológico y retórico. Fueron tres las obras que el Brocense dedicó a semejantes temas: una traducción castellana de la obra de Hugo Helt, titulada *Declaración y uso del relox español* (1549), de naturaleza muy técnica; la *Sphaera mundi* (1579), síntesis cosmográfica que escribió tras su breve paso por una cátedra de Astrología en la universidad charra; una edición de la *Chorographia* de Mela (1574), con enmiendas y conjeturas filológicas, pero sin notas ni comentarios.

César Chaparro se detiene sobre todo en la *Sphaera* para destacar una serie de cualidades genuinas del Brocense: *brevitas*, *compositio*, *explanatio* y *proprietas*. E incluso defiende al autor frente a las críticas de algunos estudiosos del humanismo científico, que tienen su tratado por poco riguroso: “el interés esencial del Brocense radica en la comprensión de los textos antiguos..., y a ello supedita incluso el rigor científico”. Quizá empezara ya a darse por entonces una separación cada vez más drástica entre ciencia y literatura. A subsanar semejante deficiencia, en cualquier caso, debemos contribuir todos en la medida de nuestras posibilidades. La presente obra así lo muestra.

Miguel Ángel González Manjarrés